

tarde en el zaguán de la casa de la calle Wáshington, habitada por Beltrán y que he designado en el cuerpo de este capítulo.

IX

Conclusión

Con la muerte de Beltrán, desapareció de la escena social y política aquella saliente personalidad, asociada a los recuerdos de la mina y a otros acontecimientos, aunque no de igual importancia.

CAPITULO X

Sueño Tártaro

—
Que empieza por fantásticas visiones y concluye por la fría y elocuente realidad.

I

El Guacamayo

Allá... allá en los tranquilos confines de mis dominios de Villarón, próximos al campo y flamante Escuela de Aviación, se ve un pequeño *chalet*. Es mi modesta residencia de verano, y dista poco más de trescientos metros de los altos álamos e innumerables plátanos y sauces que circundan ambas orillas del Miguelete.

El trayecto que marca esta distancia, determina desde allí un plano ascendente por el repecho natural del terreno hasta llegar al pie del *chalet*, y a su vez, las verdes filas de una viña frondosa que ocupa aquel terreno, simulan extensa y reluciente superficie que, en los albores de cada día, acarician los rayos del sol y también los de la luna en cierta hora y estación del año.

Orientado el frente Sudeste del *chalet* en marcada dirección a este viento, y encontrándose mi dormitorio en posición y orientación igual, los rayos de aquellos astros penetran forzosamente en su interior, hasta que por su gradual elevación, llegan a superar la mayor altura de la ventana *sin postigos*, con que aquél cuenta por ese costado.

Cuando esto ocurre, que es en la estación del estío, puede verse desde mi ventana un volante bastidor de rejilla verde, tejido de madreselvas y jazmines del país, sobre cuya cornisa superior se balancea un Guacamayo del Paraguay.

Luciendo sus galas, y sin interrumpirse en sus movimientos acompasados, no deja de aletear y arrojar gritos guturales, se le ve agitar en cruz su pata derecha a imitación de director de orquesta, mientras que con la izquierda se sostiene de la cornisa del florido bastidor.

Al fin, recobra relativos momentos de reposo, y alumbrado ya por el sol, ya por la luna, muestra su seria y grave catadura, matizada por el blanco y el carmín de sus mejillas, así como su ancho y encorvado pico y su precioso indumento multicolor

II

Mi dormitorio

Mi dormitorio es amplio y ventilado; tiene tres aberturas al naciente durante la estación de verano, y la mayor de ellas, al Sudeste, según queda expresado ya.

Como he dicho también, estas aberturas carecen

todas de postigos, porque, desde mi primera juventud, jamás transigí con postigos cerrados, ni de día ni de noche, y hoy mismo, aunque ya viejo, protesto contra ellos con igual fuerza de convicción.

Amo la luz, y sobre todo, la luz natural, y me considero más feliz y favorecido con ella que con la artificial, cuando el astro-rey cruza el firmamento y el movimiento y la actividad imperan a mi alrededor.

Una puerta o una ventana tapiada durante las mañanas, sin otra luz en el interior de un aposento que la que con dificultad y escasez penetre por las rendijas o intersticios que no quiso o no pudo evitar el obrero que construyó aquellas aberturas, me representan la puerta o ventana de un calabozo, la de la mansión de un misántropo o la de un...

La obscuridad de un aposento semejante, estimula un sueño que no es ya necesario, y prolonga por el hecho la ociosidad, y... convengamos, que un hombre boca abajo o boca arriba, entregado a Morfeo o a no hacer nada, que es lo mismo, y esto, cuando el sol raya alto quemando la frente de los que se buscan la vida con afán desde horas antes, ofrece el contraste más lamentable, como que no es síntoma precursor de mejores días para el futuro.

“Tanto comer y no trabajar”

“En algo ha de venir a parar”

Esto dijo un burro (al cual se le daba escaso pienso por la noche y muchos palos por el día),

observando los buenos platos que se servían a un cerdo, vecino de pesebre, y el cual no tenía otro trabajo, que el de comer a discreción.

Pues bien, en lo que vino a parar aquella contradicción que había preocupado al burro, fué en el faenamiento del cerdo, una mañana en que éste gruñía colgado y aquél comía apaciblemente los restos de su pobre pienso de la noche, y en momentos de atársele una vez más a las varas del carro, que debía arrastrar ese día en servicio de su amo.

A los dormilones no les sucederá lo que le sucedió al cerdo, pues sería demasiado, pero puede ser que el tiempo lamentablemente perdido en refocilarse con *sol alto*, les ofrezca serias contrariedades en el curso de la vida...

Adviértase que hablo de mis convicciones y pareceres personales, respetando, y mucho, lo que otros hacen en contrario. En efecto: no pudiendo ni debiendo constituirme juez en mi propia causa, no me atreveré a afirmar, que sea yo y no el que conmigo disienta, el que está en lo cierto.

III

El insomnio

Siguiendo ahora el tema de mi peroración, diré, aunque a nadie le importe saberlo, que el *proceso* de la conciliación de mi sueño, por regla general, no puede ser más breve: bástanme dos o tres minutos para dormirme desde el momento que me

decido a ello, y muchas veces sin quererlo, contando hasta hoy con esta suerte, si tal puede llamarse, entre las pocas que me han tocado en lote durante mi larga vida.

Sin embargo, el último miércoles me falló esta regla, como que no hay ninguna infalible, ni sin excepción, y mi caso lo prueba hasta la evidencia.

Empeñado desde días atrás, en una tarea que necesitaba terminar a la brevedad posible, se me ocurrió, apartándome de mis costumbres, disponer de algunas horas avanzadas de la noche para realizar mi propósito, y habiendo puesto manos a la obra, muy cerca de las 10 p. m., no tardaron en dar las 12 y hasta las primeras horas de la madrugada, sin haberlo conseguido.

En tal situación, y empeñado en esta tarea, no sólo por la necesidad sino por cierto arranque de amor propio, bien o mal entendido, me propuse terminar y terminé, pero, allá cuando el horizonte empezaba a colorearse por la aproximación del día.

Conseguido mi objeto y satisfecho de haber triunfado, me desvestí con apresuramiento, y después de recurrir a mi *pijama* de dormir,—más cómodo y aparente para un hombre, que el ridículo camisón de marras,—traté de buscar el reposo de que necesitaba, pasando a mi aposento, y desplomándome en el lecho, que abierto y seductor, me había esperado inútilmente desde horas antes.

Lucha tenaz e infructuosa en los primeros momentos, fué la que tuve que sostener para conciliar el sueño. La fatiga que esto me produjo y la impaciencia que se apoderó de mí, me indujeron al

fin a dar por pasada la mala noche, lanzándome como me lancé, fuera de la cama, y saliendo después a la galería para respirar aire libre y refrescar mi cabeza. Sin embargo, no tardé en reaccionar; pude contenerme en mis impulsos, y volviendo a mi aposento, a pesar de un momento de indecisión, me tendí de nuevo en el lecho abandonado. Después... procuré transar con Morfeo, y ya se verá que lo conseguí, porque, con vueltas a la derecha y vueltas a la izquierda; estiramientos de brazos y de piernas; arreglos más o menos felices en la colocación de las almohadas y otras evoluciones y arreglos análogos, concluí por perder la noción de la vida, como tantas otras veces, y.... me dormí.

Y esta vez, ¡qué fácilmente recorrí el trayecto que en mi forzada actividad de aquella noche de fatiga me separaba del reposo!, y entretanto, ¡cuán difícil se me ofreció el problema de obtenerlo, cuando a pesar de mi voluntad y de mis propósitos, llegué a desmayar, abandonando el campo en que había batallado!

IV

La aurora

Recuerdo vagamente, que al colorear la aurora del bello día que se iniciaba, y en los precisos instantes en que me sentía acariciado por los primeros síntomas del sueño, se oía el sordo rumor de las golondrinas que todavía a esa hora se anidaban en

los cornisones y troneras de los altos del *chalet*, y que, con la aproximación de la claridad, se preparaban a salir de sus albergues; como se oían también cantos lejanos, que a la par del chirrido de las golondrinas, presagiaban un próximo himno al Sol.

También recuerdo, que a la vez que la capacidad de mi aposento parecía ensancharse de una manera gradual, tomando en su interior la forma de un gran anfiteatro, el color lila de sus muros se acentuaba, adquiriendo creciente brillo y transparencia.

Tan raras visiones, más hijas de un alucinamiento que de la realidad, eran acompañadas de ruidos, voces y nuevos cantos, ya próximos, ya lejanos, que denunciaban así como la actividad en contraste con la quietud y el silencio de la noche, hiriendo mis oídos, cada vez con más fuerza, como si aquellos ruidos y demás signos de vida y animación, fueran recibiendo el concurso de nuevos agentes que debieran contribuir a multiplicarlos.

Al fin, llegó un momento en que todas estas manifestaciones exteriores constituyeron verdadero concierto de arrullos, gorjeos y trinos melódicos, alternados por los silbidos del mirlo, las notas intermitentes de la urraca, el arpegiado de las golondrinas y las notas guturales del Guacamayo.

En fin, aquel cuadro y este concierto, variado, concluyeron por dominar mis sentidos, sin poder apartar los ojos y mi atención de uno y de otro.

La extensa bóveda del anfiteatro de muros lila, se cubrió momentos después de infinidad de puntos

blancos que fueron aumentando de tamaño y tomando la forma y exterioridad de pequeñas estrellas de un brillo tan deslumbrante, que me obligaron con irresistible poder a cerrar los ojos y a cubrirlos con mis manos temblorosas.

V

El Olimpo

Cuando los abrí de nuevo, el anfiteatro apareció recamado de láminas de oro. Tres filas simétricas de sillones blancos se veían al fondo, así como una gran poltrona de marfil con muelles a la chinesca en un palco central. Sobre el más alto orden de asientos y bajo la cornisa saliente de aquel regio estrado, que ahora resultaba iluminado por infinidad de antorchas y arabescos formados de pequeños focos deslumbrantes de luz eléctrica, se veían varios cuadros al óleo y alegóricos, que hacían complemento a la magnífica decoración, y por último, de cuatro grandes pebeteros distribuidos proporcionalmente por la sala, se elevaban columnas de un humo aromático que embalsamaban su atmósfera y trascendía a lo exterior.

De pronto, un grupo numeroso de personas de rostro alegre y de diversas vestiduras y talante marcial, se precipitan al centro del estrado, accionando todos con ademán y gesto expresivo, pero, sin que se sintiese una sola voz en medio de tanto ademán y de tantas gesticulaciones.

Los ruidos y cantos de momentos antes habían

cesado, desde que, la transformación del local se verificó dando acceso a tantos y extraños personajes. En medio de la sorpresa que este cambio de decoración me produjo, y fijándome, medio aturdido, en los personajes que tenía delante y a corta distancia, dije al fin para mí, golpeándome la frente: ¡Calle!... si no me equivoco, aquél, de color arrebatado y barba corta y espesa, que se posesiona de la segunda silla, al extremo de la fila izquierda, no es otro que *Baco*... y *Plutón* el que va a sentarse a su lado... como son *Neptuno*, *Marte*, *Venus*, *Diana* y *Ceres*, los que entran ahora por la derecha, y... ¡vaya una gracia!... pues si los que tengo delante de mis narices, no son otros que los dioses de la Mitología, y se me ocurre, que éstos al fin van a dejar el Olimpo para meterse en mi casa de rondón; sin duda querrán alojamiento y buenos platos, pero buen chasco van a llevarse. ¡Holgazanes, que no hacen sino darse buena vida y hacer papelones en los teatros! Estos y otros aquí presentes, los creó la estupidez humana para después adorarlos, pero lo que es yo, ni los adoro, ni los quiero en mi casa; bueno es prevenirse, y...

A esta altura, ya no pude continuar mi mental monólogo, porque fui interrumpido por una voz penetrante y desconocida para mí, anunciando que los dioses, ya en posesión de sus respectivos puestos, iban a dar principio a no sé qué deliberaciones. En efecto, uniendo los hechos a las palabras, todos aquéllos tomaron asiento sin mayor ceremonia y sólo quedó de pie y en un rincón la

turbanulta de los semidioses, formando un verdadero grupo de atorrantes.

Júpiter—el dios supremo, el dios de los dioses, —rodeado de Minerva, Saturno y Apolo,—dioses de la sabiduría, del comercio y de las bellas artes, —ocupaba la poltrona de marfil, al centro y los otros las inmediatas a uno y otro lado; en seguida Baco, Neptuno y Plutón, soberanos del vino, de los mares y de los Infiernos, manteniéndose de pie en un extremo de la segunda fila; Hércules y Marte, que lo son de la fuerza y de la guerra, tomados del brazo, y en el otro, Ceres, Diana y, por último, Venus, la seductora diosa de la belleza y del amor con el travieso y peligroso Cupido a cuestas.

¡Comitiva más brillante y lucida, al menos a la distancia, como yo lo atestiguaré desde esta fecha! ¡Lujosos y relucientes trajes talares, cruzados de alamares de oro y piedras preciosas, daban mayor, aunque inmerecido realce y prestigio, a aquellos zotes, con aire de personajes!...

Todo resplandecía en aquel cuadro fantástico en sustitución de la realidad, como, por lo general, ocurre en todas las cosas humanas, y yo mismo, que encontraba sospechoso y un tanto repulsivo el conjunto que ofrecían los inesperados visitantes, me sentía seducido y casi subyugado por tanta luz y tanta magnificencia...

Pero... ¿qué oigo?... acaba de sentirse el redoble de un timbre... y he creído oír hablar en voz baja... ¡ah! .. es Júpiter, el dios supremo... ¿qué dice?...

VI

Los dioses falsos

Pasado un momento, se oyeron estas palabras, en medio de un silencio prolongado: "Veamos, pues, lo que dice Marte", y transcurrió un momento.

—Lo que digo, es muy sencillo; digo, que parodiando mi personalidad se le dió figuración en cierta obra teatral a un tal... individuo de poca talla, es cierto, pero al fin con pujos de guerrero, y esto basta a mi objeto, haciéndosele entender, en cierta ocasión, que era el predestinado para salvar la causa del Egipto. En consecuencia, se le mandó al campo del honor contra los etíopes, que resultaron después vencidos, entrando aquél triunfante en el Cairo y discerniéndosele los honores de vencedor.

—Y bien, —observó Baco con voz tomada, mirada aviesa y gesto canallesco, — ¿es esto, acaso, causa de queja?, ¿qué otra cosa más quería aquel aventurero, cuando tengo entendido, que el Rey estaba dispuesto hasta ofrecerle la mano de su hija?

—Es que, —observó a su vez Marte, — el aventurero, como tú dices, había tomado prisionero al Soberano de los etíopes y a su hija, de quien se enamoró perdidamente, y por eso no podía aceptar la mano de la princesa. Entonces, trató de huir con la etíope, siendo sorprendido con ésta a orillas del Nilo, y condenado a morir en un sótano con la cautiva.

Marte hizo una pequeña pausa y después en tono lacrimoso, agregó: esta fué la recompensa que tuvo después de sus servicios, y es lo que precisamente me ha indignado, porque la cosa atañe también a mí, como que, un guerrero (bueno o malo), en acción de guerra siempre simboliza mi persona en calidad de dios de la misma.

—¡Oh! no embromes—observó Minerva—¡pues le parece poco al tal guerrero, y a ti mismo, lo de la compañera del sótano? Siempre es preferible morir bien acompañado y acariciado, y no solo como un perro.

—Claro es, — exclamó en coro la asamblea.

—Sobre este tema, — dijo después Júpiter, — no caben dos opiniones.

—Para eso yo, — agregó Baco con despecho, — ni al autor del libreto de la obra a que alude Marte, ni a ningún otro, se le ha ocurrido hasta hoy tomarme en consideración, como que nadie me lleva el apunte; yo no sé qué Dios de... soy yo...

—¡Eh!... vea cómo habla, — gritó Júpiter en tono de aperechamiento,—¡no ve que hay señoras? — y después, en forma confidencial, agregó: — por otra parte, ¿cómo se han de ocupar de ti, desde que se te elevó a la poco envidiable categoría de dios del vino?, ¿qué garantías puedes tú ofrecer?

—Sin embargo, — replicó Baco, — nunca he dado motivo para que se dude de mí; además, esto nada me importa, y sólo hago cuestión de la indiferencia de los maestros compositores, que jamás han encontrado colocación para mí en sus obras musicales.

—¿Qué estás diciendo?, — exclamó Venus con extrañeza, — de felicitaciones debes estar como está *Plutón*.

—¿Quién me nombra? — preguntó éste de mal talante. — Lo que es a mí, déjenme tranquilo, que demasiado tengo yo con mis cominos; ¡les parecen poco mis tareas y preocupaciones como dios de los Infiernos, sobre todo en estos aciagos momentos de guerra en que tanto bribón ingresa a mis dominios? Además, tengo también mis quejas que formular...

—¡Pero hombre! — observó Venus,—si yo estoy de acuerdo, y quisiera encontrarme tan olvidada como lo estás tú y Baco. ¿Sabes, acaso, las penas a que están expuestos nuestros émulos o intérpretes cuando, p. ej., el maestro Wagner los toma por su cuenta en la concepción de sus obras. Aunque no sea más que por los plantones que por nosotros se llevan los pobres diablos sobre un metro cuadrado del escenario, la cosa resulta seria, y líbrelos Dios de un accidente cualquiera, pero, ¿qué digo accidente?, de una de esas frecuentes... a que todos estamos expuestos, en escena y fuera de ella.

—Ni pensarlo es bueno, — dijo Júpiter.

—Lo mismo digo yo, — agregó Neptuno respirando fuerte, acariciando su hermosa barba gris y acordándose al mismo tiempo, que lo que es a él, no le faltaría el agua fresca y el aire libre.

VII

Crítica de una diosa

—Es cierto, — continuó Venus, — que en el interin, la orquesta hace primores de concertación, y que el genio portentoso del gran maestro, indemniza del plantón, pero... con inhumano sacrificio de los pobres dioses.

Estos, de traje talar y buscando apoyo, primero sobre una pierna, segando el cuadril, y después sobre la otra, haciendo otro tanto, pues que la broma es larga y pesada; gesticulando y cantando a retazos y con la escena a un quinto de luz, por regla general, esperan sin *dormirse*, a que aquello termine, y al fin, termina como todas las cosas... para empezar de nuevo. Miren ustedes; lo que es yo, desde que la Kruseniski tomó mi personería en la ópera "Tristán e Isolda", jugando el papel de esta última, me he propuesto no poner jamás en conflicto a ninguna otra mujer aunque don Ricardo se enoje.

El célebre dúo de amor, que como ustedes saben tiene lugar de noche, en un bosque y a la intemperie, además de sus *bemoles*, agréguenle ustedes las indecisiones de Tristán, un galán tan triste como el nombre que lleva. No salía el pobre de sus protestas de fino amor y... respeto y no concluía sino con alguna moraleja fuera de lugar, desde que muy poco o nada tenía ella que ver con el asunto *en discusión*. A este paso, los *bostezos* por un motivo y los *estornudos* por otro, empezaron

a perseguir a Isolda, quien más de una vez estuvo tentada de posesionarse de los calzones de Tristán y enseñarle a aprovechar el tiempo y a no ser larguero y tonto.

—Claro está, — exclamaron la diosa de las mieses y Diana Cazadora, pero las pobres se apercibieron de que habían resbalado como el cabo Peralta en los "Madgiars", y no pudieron menos de ponerse coloradas como un tomate, mientras que, Venus, costumbrada a andar con Cupido a cuestas, se quedó tan fresca, continuando su peroración en estos términos:

—De todo esto resultó que el tal dúo no fué dúo ni fárrago de gaita, sino *lata*, y debiendo concluir por un *calderón* a dos voces, concluyó por una retirada desabrida y fuera de oportunidad de parte del galán, quien la hizo con las manos en los bolsillos, la cabeza caliente y las extremidades frías.

La Kruseniski, que fué la chasqueada, me confió su despecho por tal retirada, cuando en media hora de dúo, a la vez que la infinidad de notas musicales empleadas en él y en desquite del frío que hacía, se habrían podido producir cosas de más peso y provecho para el arte.

—¡Vaya un papanatas! — exclamaron en coro los dioses, semidioses, incluso Júpiter.

Contra esta espontánea exclamación, nadie pudo protestar, ni aún el dios que presidía el cónclave, luego que, a la par de los demás, hizo parte del coro, en que se llamó a Tristán por su verdadero nombre..

Así el trance de Tristán e Isolda de que se lamentaba Venus, no pudo menos de recordarme aquella ocurrencia de Juanita, mi mujer, que solía decir, que a mí, como galán, siempre me había tembiado el pulso, y que llegado el momento preciso, todo se me volvían alharacas y posturas académicas, simulando el caso de la cohetera o eulbrina de Gaser, que bien podría llamarse de fuegos para atrás.

A esta altura de la sesión de los dioses, Plutón, rey de los Infiernos, a quien Berlioz, Gounoud y Boito han traído a la escena en la "Damnazione di Fausto", en el "Fausto" y en el "Mefistófeles", caracterizado en el personaje de este último nombre, formuló también sus quejas por el papel de *zurcidor de voluntades*, que se le hace jugar por los tres compositores o libretistas, sin más recompensa que la conquista famosa de la vieja Marta... desportillada y pernituerta.

—No importa, Plutón, — dijo Baco, — el papel más o meno lucido que se nos haga jugar; lo humillante es el olvido, el que no se nos tome en cuenta...

—¡Dale! — murmuró el rey de los Infiernos.

—Porque,—continuó Baco,—¿somos o no somos dioses?...

—¡Pero hombre!, ¿quién puede dudar de que lo somos? — observó Plutón, — pero bueno será no olvidar, como parece haberlo olvidado tú, que somos dioses falsos...

—¡Qué oigo! — exclamó Baco todo desconcertado, — la verdad es, que había olvidado esta cir-

cunstancia... Claro es, y ahora recién caigo en que nos toman como moneda boliviana, y don Ricardo es el que más ha abusado de nuestra precaria condición.

(*Aplausos en la asamblea y algunas protestas entre ellos, provocando nuevas demostraciones*).

VIII

Los Maestros Compositores

En este momento se produjo un movimiento inusitado en los diferentes grupos de la asamblea, e inmediatamente apareció por la izquierda el ilustre maestro alemán, ocupando una poltrona colocada en la tercera grada del anfiteatro, y con él entraron también varios grupos de orquesta que componían la de su elección, y que no tardaron en reunirse y colocarse en actitud de funcionar.

Unos minutos más tarde, aparecieron seis grupos más, que componían las de Verdi, Meyerbeer, Gounoud, Ponciceli, Boito y Mascagni, colocándose aquéllas en orden y a la espera de los maestros respectivos, que no tardarían en llegar.

Se veían en fila y dominando las cabezas de los profesores, los *capotastros* de treinta y cinco contrabajos y los extremos superiores de los trombones, fagotes y figles, esbozándose en los puntos más excusados de cada orquesta el bombo, el tambor y timbales, que hacían parte de ellas.

Wagner, con palabra fácil, sonrisa alemana, que dice mucho y promete poco, y entonación amable,

explicó su tendencia a auxiliarse en sus obras de los *dioses, ninfas*, de medio cuerpo para arriba en los lagos, y de cuerpo entero fuera de ellos; de *nibelungos* de jastial figura y hasta de *sombras chinescas* para mejor asegurar el éxito fantástico de sus producciones literario-musicales, siendo pasadera su intención para los dioses y la más dulce y cariñosa para las ninfas. Para ello, puso por ejemplo la "Walkiria", el "Anillo de Nibelungo", el "Siegfried", el "Ocaso de los Dioses" y el "Oro del Rhin", y después de un bostezo, agregó: que la música seria, lo es tanto como puede serlo la ciencia de más nombre y tan exacta en sus distintos ramos, manifestaciones y efectos, como puede serlo la física, la química y las matemáticas. Que por eso, se preocupó de conciliar y acumular todas estas condiciones, antes que detenerse en combinar arietas y cantinelas, de esas que quedan en el oído con sólo tocarlas u oírlas una vez, cuando no se prefiere atronarnos *sin ton ni son*, con los instrumentos de cobre, bombo, tambores y timbales. En fin, que la elección preferente de los dioses, hecha con frecuencia por él, respondía a razones de calibre que no estaban al alcance de pobres de espíritu, por cuyo motivo no descendía a dar explicaciones.

Después de este breve, amable y expresivo interito, los dioses y semidioses que se encontraban en actitud de aplaudir, quedaron en suspenso y estupefactos, propiamente, metidos en un zapato y sumidos en profundo silencio: ninguno chistó, ni dijo, esta boca es mía.

Pero, parece que algo de la peroración del maestro alemán, fué oído desde una pieza contigua por los maestros Verdi, Meyerbeer, Gounoud, Poncieli, Boito y Mascagni; pues en seguida de ligero rumor y movimiento en la asamblea, invadieron ésta los expresados maestros en traje de etiqueta, ostentando pobladas cabelleras los que las tenían y calvas venerables los que carecían de aquéllas, y todos de batuta en mano, gesto avinagrado y serios como maestros de escuela.

Esto me provoca ahora el recuerdo, de que hace medio siglo no se encontraba un director de orquesta sin poblada cabellera, a guisa de ondeada peluca, rodeando su cuello y acariciando su espalda, ni un cantante que no llevase el pelo a la romana, bigote y pera angosta, larga y puntiaguda, hasta que cierto día, un empresario de recursos y de buen gusto, arguyó con los afeites radicales de actualidad y la urgencia de adoptarlos en su compañía, para mejor caracterizar a los distintos personajes de cada obra en escena.

Los artistas protestaron de primera intención, pero al fin, reconocieron la necesidad con que les arguyó el empresario, y desde ese día no se vieron más bigotes, ni más peras, y como sólo faltaba *legislar* sobre las melenas enmarañadas del director de orquesta y de un compositor de fuegos para atrás, que le hacía compañía permanente; una vez éstos conformes con el ejemplo que les ofrecían los de bigote y pera, el mismo empresario, adoptando actitud resuelta, de dos tijeretazos a tiempo, les volteó la *arboladura*.

IX

Todos cojean del mismo pie

Y esto, sin contar las cavilaciones que caracterizan la mayoría de los actos de los músicos *ejecutantes*, y aún comprendiendo a los mismos compositores y directores de orquesta.

Los primeros, en el caso más insignificante de prueba, hacen cuestión seria de su violín, si son violinistas, y arguyen, que no pueden tocar sino en él y no en otro; como los flautistas y pitistas, en caso igual, hacen cuestión de su flauta y de su pito sin adaptarse a otro pito, ni a otra flauta.

Si el caso es de un director de orquesta, éste no puede dirigir sino con su batuta, y en mi juventud alcancé el ejemplo del maestro Montenegro, que actuaba en Solís hace cuarenta años, usando una *batuta* especial para cada ópera de su repertorio, de más o menos extensión y grosor y de color más o menos claro o subido.

Los mismos compositores cojeaban del mismo pie y así tenemos el recuerdo del célebre compositor alemán Wagner, que sin enfundar sus pies y piernas en sus botas de marroquín y caña entera, no encontraba verdadera inspiración en sus concepciones musicales. Otro maestro... J. Casanova... antiguo cantante... esposo... y maestro de su propia mujer, la bella soprano Carolina Cepeda, y que ya no manejaba la batuta ni cosa parecida por razones que calla el cuento, se le metió en la mollera que no pudiendo evolucionar en

escena durante estaba en ella su señora, debía, desde entre telones y lo más cerca posible, hacer el simulacro de que él y no el tenor Piccioli, era el verdadero galán en el caso, y dicen las crónicas, que debido a esta excentricidad, había visto más de una vez, en medio de la actuación de la pareja en la ópera "Ruy Blas"; y de los aplausos del público, lo que no estaba en sus libros.

A propósito de esta interesante artista lírica, recuerdo que el apreciable anciano don T. Negrón, amigo particular de esta actriz y de su esposo el maestro Casanova, era concurrente infalible a todas las representaciones en que aquélla tomaba parte, pero luchando con el inconveniente del oído que, a su avanzada edad había flaqueado un tanto y queriendo encontrarse en aptitud de poder apreciar los trinos y gorjeos de la cantante, a quien tanto apreciaba, se decidió a consultar a uno de nuestros especialistas.

Este anduvo a las vueltas con su oído izquierdo, que es del que se trataba, y el señor Negrón salió del consultorio medianamente satisfecho, pero dos días después, volvió al consultorio con el objeto de que le hiciese un nuevo toque. El doctor le observó que era un tanto peligroso repetir esos ensayos en el oído, pero el paciente quería ver realizado su plan, y no hubo más remedio que acceder a su exigencia. De esta segunda intentona también salió bien don T... y muchos tuvieron ocasión en los días subsiguientes, de oírle elogiar al especialista.

Satisfechos en gran parte sus deseos, no se preo-

cupó sino de asistir con puntualidad a los espectáculos de la temporada, hasta llegar al día destinado para el beneficio de la Cepeda...

Y fué entonces,
Que este señor
A los ochenta y seis
Oyendo bien,

quiso oír mejor... y en medio de su entusiasmo y movido por extraño y poderoso resorte, tomó resuelto su sombrero y a paso marcado se constituyó en el consultorio del especialista, a quien le dijo: Doctor, obedeciendo a la indicación implícita que envuelven para mí los dos toques que usted me ha dado, presiento que el tercero será decisivo para que yo pueda una vez por todas, y no a medias, recobrar el oído perdido.... y después de esto dió un paso hacia la silla de operaciones, y sin más trámite ni oír las observaciones que se le hacían, puso el oído a disposición del doctor.

Para terminar: tantas pruebas inició éste, y a tantas vueltas y revueltas sometió a la trompa de Eustaquio del oído izquierdo de Negrón, que el último ensayo terminó por romperle el tímpano de ese lado, llegando desde entonces a oír como jamás había oído, y de una manera sólo comparable con la "tempestad en los Alpes" que últimamente nos ha hecho oír mister Gatty Sellards, en el magnífico órgano del templo metodista de la calle Constituyente.

X

El Debate

Del grupo de maestros, Verdi avanzó dos pasos hacia el centro del anfiteatro. Después, inclinándose ante los dioses, y siempre de pie, dijo mirando de soslayo a la tercera fila de sillones, y ya con la batuta en ristre: "parece que en las últimas pala-
" bras de don Ricardo hay alusión marcada a mi
" música. Es cierto que yo me he dejado seducir
" por la melodía y que he abusado un poco de
" los instrumentos de viento, como Cimarrosa y
" los clásicos abusaron de los de cuerda, relegan-
" do a los de viento al mayor desprecio. Sin em-
" bargo, las pasiones humanas y sus manifesta-
" ciones, no son ni pueden ser iguales, ni se ex-
" presan del mismo modo, así es que, lo lógico
" en la música,—que al fin y al cabo no es sino un
" lenguaje como el de la palabra,—es que todos los
" instrumentos se utilicen adecuadamente. En tal
" concepto, viendo yo, que en medio de la ternura
" y placidez de los sonidos suaves producidos por
" violines, violas y violoncellos, la monotonía que
" ellos envolvían se convertía a veces en adormide-
" ras, resultando un opio las salas de los teatros
" y soñolientos los concurrentes en medio de boste-
" zos a discreción, se me ocurrió echar mano del
" recurso que me ofrecían los instrumentos de
" cobre, y me parece que conseguí mi objeto, por-
" que, difícilmente se bosteza y se duerme cuando
" se toca mi música"... *e non vi dico... altro...*

En esto, se oyó una voz temblorosa, sin dejar de ser bien timbrada: era Meyerbeer, que pedía permiso para hacer uso de la palabra.

No habiendo quien a derechas se la otorgase, después que Wagner usó de ella sin venia de nadie, quedando desde ese momento, Júpiter, a pesar del trono de marfil que ocupaba, como cero a la izquierda, el célebre maestro se expresó así:

“ A propósito de lo que acaba de decir don Pepe, he creído siempre que todos los instrumentos resultan acordes entre sí, cuando están bien afinados, estándolo también las dos familias de *cuerda* y de *viento*. Así, el metal se distingue por la seguridad del ataque y la dulzura de los pianos, y ha hecho muy bien don Pepe en darle figuración en sus obras. Yo, que no soy italiano, hice lo mismo que don Pepe, y aún cuando avancé a la concertación, robusteciendo los acompañamientos, me guardé bien de renegar de los instrumentos de metal, como de dejar colgados a los cantantes, ofreciéndoles para ello oportunidad de lucir sus facultades y no pasar desaperecidos como ocurre en las obras de don Ricardo: ahí están “Hugonotes”, “Africana”, “Roberto” y el “Profeta”, que justifican mis palabras”. Y a propósito, recuerdo ahora lo que decía y repetía una notable soprano dramática (la Ericlé Darelée), refiriéndose a lo que a ella y a sus compañeros de arte les deparaban por lo general las grandes partituras wagnerianas.

“ Nadie, decía esa artista, puede poner en duda el genio de Wagner y el gran mérito de sus

“ obras, pero el hecho es que, empiezan y concluyen sus actos, sin un aplauso para nosotros, sucediendo todo lo contrario en la ejecución de las obras de los demás compositores, sin excluir los más modestos.”

—“ Yo, — dijo Poncielli, dando un paso al frente, — he seguido las mismas huellas de mis apreciados colegas, y me felicito de ello, porque en mi “Giacca”, bien dada, nadie se duerme tampoco, y no son pocas las ovaciones que han obtenido los artistas que la han cantado y también su autor.”

—“ Nosotros, dijo Gounod, y hablo en plural, pues tengo en este momento la personería de mi colega don Arrigo, hemos ido al término medio de Meyerbeer; pero, sin renegar de la música francesa e italiana, respectivamente.”

—“ Y para terminar, — no dijo, sino que gritó Mascagni, — yo he hecho otro tanto en todas mis obras mejores, aunque una vez tratando de parodiar a don Ricardo, se me ocurrió escribir “Isabeau”, apartándome indiscretamente de mi escuela para llegar al fiasco más soberano. Así es que, he decidido volver y he vuelto a lo que le dió el nombre y reputación de que gozo, dejándome de combinaciones complicadas, híbridas y fantásticas,—y agregaré para terminar con el respeto debido, que algunos de los compositores de hoy, carecen en cierto modo del sentimiento de lo bello en lo sencillo, y buscan sus efectos, como los busqué yo en “Isabeau”, en lo más arrevesado, en modulaciones múltiples y en la

“exageración de los medios. Por eso, la música que escriben es febril, nerviosa y se ve en ella, más bien el carácter de la improvisación, que el fruto que se medita con madurez... ¿En qué pensaba yo, cuando me dió por imitarlos?”.

Y como Mascagni, pensé yo, hay muchos convencidos de que el drama lírico no hará camino entre nosotros. Su complejidad, en cuanto a la estructura y trama dramático-musical, no a la música misma, justifica mi afirmación, porque, requiriendo aquélla detenido estudio y gran meditación, los espectáculos que acceden a tales concepciones arrevesadas y metafísicas, ofrecen gran dificultad para comprenderlos y digerirlos, y un tiempo y una dedicación, que son pocos los latinos que las prestan en los teatros, a los cuales se concurre en la América del Sur con fines muy distintos a los de descifrar enigmas. Y aún cuando se ha llegado hasta sostener, que el drama lírico debe suplantarse por completo al llamado propiamente drama, porque éste en su origen así lo fué... entre los griegos, habrá forzosamente que convenir en que, si los griegos llegaron a ser más filarmónicos en sus concepciones, que los que han optado por el drama, propiamente tal, estos últimos resultan más lógicos y ajustados a la naturaleza y a la verdad.

Otro tanto digo de las *tesis* en los teatros, a los cuales se concurre en busca de pasatiempo agradable, que importe un paréntesis a las tareas y preocupaciones que durante el día han embargado y fatigado nuestro espíritu.

Las *tesis* son propias de las academias, y no de

los teatros, en los cuales buscamos ejemplos de la vida práctica de todos los días, sin ficciones ni inverosimilitudes que fuerzan y violentan nuestro criterio, obligándonos a trabajar mentalmente tres horas más de las que hemos trabajado durante el día.

Todos conocemos dramaturgos alemanes, italianos y españoles, que con frecuencia nos someten a estas torturas, buscando calculadamente un lugar para exhibir sus obras con mayor estrépito y lucimiento, que los que podría proporcionarles el salón estrecho de una academia.

XI

El concurso orquestal y el eclipse

Don Ricardo, después de las protestas de sus colegas, echó mano a su faltriquera; sacó su caja de rapé y tomó una narigada del contenido con marcada fruición; se incorporó de pronto y levantando la batuta que llevaba en su mano derecha, a la altura de su cabeza, y al primer movimiento de ella, la orquesta inició los primeros compases de la soberbia sinfonía del *Tanhäuser*, sin más posturas ni preámbulos, y como los otros maestros, ante esta actitud, se habían preparado para hacer otro tanto con auxilio de sus respectivas orquestas, no tardó un minuto en sentirse a la par de la sinfonía de Wagner, la marcha triunfal de “*Aída*” y la del “*Fausto*”; el coro y concertante de la bendición de los puñales de “*Hugonotes*”; el final

del tercer acto de "Gioconda" y el del prólogo de "Mefistófeles", y para complemento del colosal concurso orquestral de aquel momento, el himno al sol de la "Iris" de Mascagni.

El efecto de tan estupendo *desconcierto* no estaba en mis libros, ni en el de los dioses, ni en el de los compositores, ni en el de los mismos profesores de orquesta, que empezaron al fin por no saber a qué batuta obedecer, ni qué compás seguir.

Lo único que recuerdo y puedo decir, es que, un minuto después quedé aturdido y tan excitado y nervioso, que me creí transportado a regiones desconocidas. Me parecía temblar como un azogado y llegué a presentir el juicio final.

Me pareció que, ya un tanto repuesto, me entretenía en rascarme la mollera en medio de mi sorpresa, cuando a un acorde unísono y estridente de las siete orquestas, señalado no sé por cuál de los maestros, la música cesó, y quedé sumido en completa obscuridad, viniendo entonces a mi memoria el eclipse total de sol que tuve ocasión de presenciarse en 1869 o 1870, con la exacta característica de una lóbrega noche, para terminar en la nueva sorpresa de un inesperado resplandor, que hirió mis ojos y me deslumbró.

XII

El Sol

Sin perfecta conciencia en el primer momento de lo que había pasado, me encontraba de pie, sin

saber cómo, en medio de mi aposento, bambaleante, sudoroso y temblando de emoción.

Los rayos del sol, acariciando las crestas del viñedo que llena la distancia desde el *chalet* hasta la margen derecha del Migueleto, acababan de invadir por completo mi habitación, volviéndome a la realidad, después del fantástico sueño que había dominado mis sentidos. Ante el cuadro imponente y seductor de la espléndida naturaleza, no pasó, sin embargo, desapercibido para mí el bastidor colgante, tejido de madre selvas y jazmines, y el vistoso Guacamayo, luciendo su multicolor plumaje, embellecido por los rayos del sol naciente.

ÍNDICE

ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
ADVERTENCIA	4

CAPÍTULO I

El Barón

De cómo un título de nobleza o distinción, no es siempre garantía de buenos procederes, y de cómo la reincidencia en una falta, puede acrecentar una sanción completa	5
---	---

I. Don Gervasio Herrera.—II. El homicidio.—III. Vagos datos sobre los presuntos asesinos.—IV. Estadística de la criminalidad hace medio siglo.—V. Un nuevo homicidio y captura de sus autores.—VI. Sentencias condenatorias.—VII. La ejecución.—VIII. Confesión póstuma.

CAPÍTULO II

Jugar por tabla

Por el que se demuestra, que un desengaño a tiempo, puede dar al traste con las mejores combinaciones	23
---	----

I. Prolegómenos.—II. «Bombita la Rubia».—III. Estrategia femenil.—IV. El creyente de buena fe.—V. Un caso de admirable precocidad.—VI. El padre Benito.—VII. Un tercero en discordia.—VIII. La de San Quintín.—IX. Las tostadas... y las «Témporas»...

CAPÍTULO III

El Arte y el Oro

	<u>Págs.</u>
De cómo el ingenio del hombre, en casi todas las circunstancias de la vida, tiene que ceder ante la muda elocuencia de un vil metal y de las exigencias del «libro del estómago»	43
I. Teorizando.—II. ¿Qué es el arte?—III. <i>Res non verba</i> .—IV. Tres ámulos de Apolo.—V. «Salud, campo y vacas».—VI. Soñar despierto.—VII. El autor y el intérprete.—VIII. El «Becerro de Oro».	

CAPÍTULO IV

Un Baile de máscaras

Recuerdos retrospectivos del Sitio Grande	58
I. El viaje.—II. Hagamos crónica.—III. Arturito en viaje por agua y en excursiones por tierra.—IV. Cómo en algunos casos, el hábito hace al monje.—V. Papel que hizo Arturito en el baile.—VI. Una noche tedeana.—VII. El regreso a Montevideo.	

CAPÍTULO V

Tarde aciaga

Centros lamentables, debidos a la intemperancia de nuestros partidos tradicionales.	78
I. Signos precursoros...—II. Se confirman los ramores.—III. Movimiento subversivo en las calles.—IV. Don Bernardo P. Berro.—V. Sucesos de la Policía y calle del Bincón.—VI. El cólera morbus.	

CAPÍTULO VI

Fuegos fatuos

	<u>Págs.</u>
Un vaho enciclopédico no vale más que lo que puede valer un especialista, de cuyas prendas aquí se sirve para cubrir su desnudez.	89
I. ¿Quién era Barbarito Tremoleras?—II. Evolucionando.—III. ¿Querías ser farmacéutico?—IV. Teorías de coparticipación.—V. Se sigue teorizando.—VI. Un «Dulcamara» moderno.—VII. Ejemplos prácticos.—VIII. ¿Todavía duda Vd.?—IX.—Más ejemplos.—X. «Como Tú» y «Meneñik».—XI. Fin lamentable de «Como Tú»; «Meneñik» desmontado y moralejas de Barbarito.	

CAPÍTULO VII

Origen de una Ley

Por el cual se demuestra, que no siempre la fuerza bruta prima sobre el derecho	115
I. El Fuerte de San José.—II. Liquidaciones impagas.—III. La ley de Deuda Amortizable.—Su sanción y sus efectos.	

CAPÍTULO VIII

Zotes, Turcos y Pulidos

Tres generaciones en una, que poco vale y mucho deja que desear	121
I. En viaje a Buenos Aires.—II. Un «Turco» en escena.—III. Tres categorías y caracteres que las distinguen.—IV. ¿Quiénes son los «Turcos»?—V. ¿Quiénes son los «Pulidos»?—VI. Progreso en las costumbres.—VII. ¿A dormir, que son las 12!..	

CAPÍTULO IX

La Mina

	<u>Págs.</u>
De cómo, por odiosidad a una sola persona, se sacrificaba la vida de muchas	137
I. Lo que son las instituciones en este país.—II. Utilidad advertencia de un buen amigo.—III. Descubrimiento de un complot.—IV. ¡Coronel de ayer! . . ¡Coronel de...!—V. Descripción de un viaje aéreo.—VI. Los hermanos Neumayer.—VII. Desavenencia entre don Lorenzo Latorre y don Eduardo Beltrán.—VIII. Asesinato aleroso de don Eduardo Beltrán.—IX. Conclusión.	

CAPÍTULO X

Sueño Tártaro

Que empieza por fantásticas visiones y concluye por la íafa y elocuente realidad	155
I. El Ganconaya.—II. Mi dormitorio.—III. El insomnio —IV. La aurora.—V. El Olimpo.—VI. Los dioses falsos.—VII. Crítica de una diosa.—VIII. Los Maestros Compositores.—IX. Todos caen de un mismo pie.—X. El debate.—XI. El concurso orquestral y el eclipse.—XII. ¡El Sol!	